

## CAPÍTULO XVII

### SÉPTIMA Y OCTAVA CRUZADA, 1248-70.

Había sido presa la Palestina de nuevas calamidades. En la época de la conquista del Carism por los mongoles, libertados de sus flechas los feroces habitantes de esta comarca, se arrojaron sobre el Asia y Siria bajo las órdenes de Barba-kan, y se entregaron á las atrocidades con que habian visto desolar su patria. Cubiertos de vestiduras y armas de extravagantes formas, recogidas en el camino, se llevaban por delante miles de esclavos, y arrasaban en pos de sí largas hileras de carros cargados de botín, no dando cuartel á sus enemigos, ya fuesen cristianos ó musulmanes, y sucumbiendo sin proferir la más leve queja. Vencer ó morir, tal era el grito de guerra de sus jefes.

Aliáronse los príncipes de Siria contra esta plaga y rechazaron más allá del Éufrates á aquellas hordas (1244); pero el soldan del Cairo, á fin de tomar venganza del de Damasco, les volvió á llamar, prometiéndoles la Palestina si le ayudaban á someterla. Inmediatamente cae sobre el país una banda de veinte mil batidores; y una porción de infortunados, trabajosamente fugitivos de sus destrozados hogares, anuncian á Jerusalem el huracán que se aproxima. Siendo allí imposible la defensa derribadas las fortificaciones, todos los habitantes resolvieron apelar á la fuga, escoltados por los templarios y los hospitalarios, sin dejar en la ciudad más que á los enfermos. No tardan en llegar los carismios y al punto dan muerte á los pocos infelices á quienes encuentran; pero como la manzana había sido muy escasa en comparación de su deseo, les ocurre enarbolar la cruz en lo alto de las torres y tocar las campanas (17 de setiembre). Persuadidos los fugitivos de que la ciudad santa se ha salvado por un milagro, vuelven en tropel y son degollados con tal refinamiento de crueldad como nunca Jerusalem lo había visto. Fueron reducidos á escombros el sepulcro de Cristo y el de los re-

yes. Cuantos se hallaban en estado de combatir en Siria, empuñaron las armas, y los fieles se unieron á los infieles para conjurar el comun peligro. En la batalla dada á los carismios, cerca de Gaza, acreditaron el valor más obstinado los obispos, caballeros, condes y emires, si bien tuvieron que sucumbir al cabo: fueron muertos trescientos doce templarios, trescientos veinte y cinco hospitalarios, otros diez y seis mil combatientes, y quedó infinito número de prisioneros. De las tres órdenes militares no respondieron á la llamada más que treinta y un templarios, veinte y seis hospitalarios y tres caballeros teutónicos.

Esta victoria, que ostentó por trofeos las sangrientas cabezas de los guerreros que habian sucumbido, y las largas cadenas de los prisioneros, fué celebrada con públicas fiestas en Egipto. Toda la Palestina cayó en poder de los carismios, á escepcion de Jafa. Habiendo sido llevado bajo las murallas de esta ciudad Gualtero de Brienne que era su conde, con la esperanza de que determinaría á los habitantes á rendirse, les exhortó por el contrario á que se sostuvieran vigorosamente. *Vuestro deber, les dijo, es defender una ciudad cristiana; el mio, es morir por vosotros y por Cristo;* y murió con efecto. Después de haberse apoderado de Damasco pidieron los carismios al soldan del Cairo la posesion de Palestina en cumplimiento de su promesa; y al saber su negativa ofrecieron socorros á aquel á quien habian derrocado, y pusieron asedio á Damasco. Acudió el egipcio, y con la ayuda de otros emires de Soria, los redujo á derrota tan completa, que desde esta época no se vuelve á hacer mencion de ellos en la historia.

No por esto mejoró la condicion de los cristianos, agotados como se hallaban de fuerzas y amenazados á la vez por mongoles y otomanos. En el

memorable concilio de Lion se vió aparecer al obispo de Berito y á Balduino II, emperador de Constantinopla, objeto á un mismo tiempo de atencion y de simpatia (1245). Para apartar la escomunion de la cabeza de Federico, prometia Tadeo de Suesa que este monarca atajaría las incursiones de los tártaros, que restauraría la dominacion latina en Grecia, é iria en persona á liberar á la Palestina. Pero Inocencio IV, que sabia por esperiencia cuan engañosas eran las promesas de Federico, permaneció sordo á las palabras de Tadeo; y el dolor que le causó con su conducta solapada, le fué quizá más penoso que la invasion de los carismios y el cisma de Oriente. A pesar de todo, se resolvió una nueva cruzada. Aquellos que tomaron la cruz, debian quedar exentos de contribuciones y gabelas por espacio de tres años: los caballeros fueron invitados á moderar su lujo, y los clérigos á multiplicar las obras de caridad. Además, se determinó que fueran prohibidos los torneos; que se celebrara la octava de Navidad, y que el clero pagara la vigésima parte de sus rentas, y la décima el papá y los cardenales.

**S. Luis cruzado.**—Pero cuando la cristiandad se hallaba dividida entre el emperador y el pontífice, cuando su jefe temporal se hallaba escomulgado, ¿podía esperarse que se reunieran las fuerzas de Europa en favor de Palestina? Sin embargo, por esta época se hallaba San Luis enfermo, y creyéndosele ya muerto, abrió de repente los ojos, en medio del llanto de todos se levanta y esclama: «La luz del Oriente se difunde sobre mí desde lo alto de los cielos: la gracia del Señor me reclama desde la muerte. Mi señor Dios bendito sea» y pidiendo un galon rojo, lo pone en cruz, lo besa, se lo ata á la espalda, haciendo voto de ir á Tierra Santa. Vanamente intentaron disuadirle la reina Blanca, su madre, y los príncipes de su familia: solo tenia en su mente y en sus labios el sepulcro de Cristo profanado. En un parlamento de los grandes y de los prelados del reino, San Luis y el legado proclamaron la cruzada (1), y los condes de Artois, de Poitú, de Anjú, hermanos del rey, tomaron la cruz; unieronse á ellos los principales prelados, así como una multitud de señores, entre otros Juan, señor de Joinville, senescal de Champagne, quien trazó el relato de esta expedicion.

La reina Margarita, la condesa de Anjú y la duquesa de Poitiers, quisieron tomar parte en las fatigas de la empresa: la reina Blanca, que no

(1) Matias Paris, escritor contemporáneo, cuya sencillez es á menudo maliciosa, cuenta que el rey de Francia tenia costumbre en la noche de Navidad de regalar á los señores de su corte ciertos jubones que se vestian inmediatamente. Aquel año mandó prepararlos en mayor número y más hermosos, y fueron distribuidos en un cuarto oscuro, donde entraban los señores á medida que salian de la misa: inmediatamente que hubo luz, se halló que todos aquellos jubones tenian cruces bordadas de oro.

había podido disuadir á su hijo de abandonar la Francia en tiempos tan críticos, tomó la regencia del reino. Luis unió sus plegarias á las del patriarca de Armenia y de otros cristianos de ultramar, para obtener del papa que diera su bendicion á Federico, á fin de que el emperador pudiera tomar la cruz; pero fué diligencia vana. Despechado el emperador por su parte, informó á los musulmanes de los preparativos que se hacian contra ellos en Occidente, y al propio tiempo declaró al sumo pontífice la guerra.

Después de recibir Luis el oriflama en San Dionisio, con la esclavina y el bordon de peregrino, no se quitó ya tan humilde vestimenta. Renunció á las pieles y á las telas costosas: sus armas y los arneses de sus caballos no relucieron más que con el brillo del acero, y el dinero que gastaba en objetos de lujo, fué convertido en limosnas. Hizose á la vela en el puerto de Aigues Mortes con cuarenta mil infantes y dos mil ochocientos ginetes (1248) llevando por almirantes á dos genoveses, Hugo Lercari y Jacobo de Levanto. Invernó en la isla de Chipre, al lado de Enrique de Lusitania, donde se les incorporaron muchos ingleses, frisonos, holandeses y noruegos. ¡Funesta demora! el vino de la isla consagrada á la diosa del amor y los placeres relajaron la disciplina, y enervaron á los guerreros: en sus filas ejerció sus horrores la peste: muchos de ellos retornaron á sus hogares, otros se vieron reducidos á la miseria; y todavía hubieran sido mayores los padecimientos, á no ser por la oportuna llegada de un convoy de víveres enviado por Federico II.

Pareció conveniente comenzar por la conquista de Egipto, y una vez rendido su territorio, debía ser más fácil la ocupacion de Palestina, ya que es imposible dominar á ésta sin tener á aquel. Proponiéndose colonizarla, Luis llevaba arados, zapas y simientes. A diferencia de un conquistador de nuestros dias, que en las mismas playas declaraba por buenas todas las religiones, Luis empezó por dirigir al soldan la declaracion siguiente: «Tened bien entendido que os perseguiré como enemigo hasta el instante en que pueda llamaros cristiano y hermano.» Recibióle Malek-Saleh-Megmeddin en su lecho de muerte, y derramó lágrimas de resultas, al propio tiempo que respondia con este versículo del Coran: «El que combate injustamente perecerá.» Mil ochocientos bajeles trasladaron á los cristianos desde Limiso á Damietta (15 de mayo de 1249). Fué repelida la valerosa tribu de los Beni-Kenone, y dejó libre la ciudad al rey de Francia, quien había entrado en el mar antes que otro alguno, pronunciando el grito de guerra de los franceses: ¡*Montjoie, Saint-Denis!* y sembrando el espanto entre los enemigos. Con la cabeza desnuda y los piés descalzos, entró procesionalmente en aquella plaza, al par de los obispos y magnates, y todos entonaban el *Kyrie* y el *Te-Deum*.

No contemplaron los septentrionales sin un sentimiento de profunda sorpresa aquellas arenas de

la costa contorneadas por la fresca verdura del lino, de los tamarindos, plátanos y naranjos; las ondulantes copas de los bananos, de los simocoros, de los granados, que descollaban por encima de las cañas de azúcar y del papiro, ó las anchas hojas del loto y del nenúfar, que flotaban sobre el agua de los rios, donde luchaban el ibis y el cocodrilo. Poseidos de veneracion piadosa, recordaron en su mente los misterios de aquel Egipto, con sus pirámides, quizá elevadas por los hijos de Jacob, su Nilo donde se habia salvado Moisés, sus emparrados de acacias que tal vez habian abrigado á Jesús fugitivo.

Allí esperaron los cristianos seis meses á los que habian quedado atrás y los nuevos refuerzos de la nobleza de Francia; pero en este tiempo se reprodujeron los acostumbrados desórdenes, las disputas sobre la distribucion del botin, los escesos de crápula y lascivia, las fieras rivalidades y la relajacion de la disciplina. Entre tanto los beduinos los molestan y les impiden forrajear, con el afán de ganar el besante de oro que el sultan del Cairo les habia prometido por cada cabeza de cristiano que presentasen, consiguen por medio de pequeñas victorias difundir el terror por el campo.

Tratábase de averiguar si se atacaria ante todo á Alejandria ó al Cairo. Al emitir el conde de Artois su parecer, dijo que el mejor modo de matar á la serpiente consistia de seguro en aplastarle la cabeza. A consecuencia de haber prevalecido su dictámen se adelantaron sesenta mil cristianos hácia aquella capital inmensa, apoyados por la escuadra que iba remontando el curso del Nilo, cargada de abundantes provisiones. Negmedin renovó sus proposiciones de paz, ofreciendo hasta restituir el reino de Jerusalem con todos los prisioneros y ceder Damietta; pero no fué escuchado y terminó su vida. Hallándose á la sazón en Asia Moadham-Turan-Schah, su hijo, empuñó las riendas del gobierno Fakr-eddin, general de los ejércitos. Al aproximarse el enemigo distribuyó y mandó leer en la gran mezquita una proclama concebida en la forma siguiente: «Acudid, grandes y pequeños: la causa de Dios necesita de vuestras armas y de vuestras riquezas. Los francos, sobre quienes caigan todos los males, han llegado á nuestro pais con espadas y estandartes y quieren apoderarse de nuestras ciudades. ¿Qué musulman rehusará marchar contra ellos, para vengar la gloria del islamismo?»

Reanimado el fanatismo con este llamamiento á las armas, causaron grandes destrozos en el ejército cristiano el fuego griego (2) y los desborda-

(2) *Unge soir advint que les Turcs ammenèrent un engin, qu'ils appelloient la perriere, un terrible engin á mal faire; et le mis drent vis à vis des chaz chateils, que messire Gaultier de Curet et moy guettions de nuit. Par le quel engin ilz nous gettoient le feu gregois á planté (en abundancia), qui estoit la plus horrible chose que onque ja-*

mientos del Nilo. Siempre intrépido el conde de Artois, así en las obras como en los consejos, atacó á los turcos en Mansura y murió peleando; pero Fakr-eddin tuvo la misma suerte, y San Luis vengó á su hermano con dos señaladas victorias (1250).

Pero aquella venia á ser una gloria sin fruto: su ejército era consumido por el hambre y por el fuego griego. Era edificante la confianza y devocion del rey y de sus caballeros en la asistencia de Dios. Joinville, á quien amenazaba el fuego griego, se postra de hinojos y ora; y *creedme que aquellas oraciones y plegarias nos sirvieron de mucho*. Luis escribe de una insigne victoria: «El primer viernes de Cuaresma fué embestido el campo por todas las fuerzas sarracenas; pero habiéndose declarado Dios por los francos, fueron rechazados los infieles con grande estrago.» No obstante, á pesar de las oraciones que dirigia á Dios el santo rey, á pesar de las lágrimas que derramaba al recibir noticia de desastres renacientes de continuo, y aun cuando aspirara á poner remedio al mal en cualquiera punto donde la necesidad lo requiera, y era su constante propósito sustentar el decaido aliento de cuantos le rodeaban en campaña, no descubrió ningun otro medio de salvacion para el resto del ejército que retroceder á Damietta.

El escorbuto que se desarrolló en medio de tantos cadáveres, entre hombres que no tenian para alimentarse más que víveres averiados y un agua corrompida, atacaba del mismo modo á los débiles que á los fuertes: Luis asistia en persona á los enfermos, y les prodigaba consuelos esponiéndose al contagio, hasta tal punto, que tambien cayó enfermo. De consiguiente, los mamelucos no necesitaban correr los riesgos de una batalla: bastábales aguardar á que el mal devorara al campo cristiano, á quien habian cortado los víveres. Viéronse reducidos los francos á implorar una capitulacion; pero el soldan no quiso admitir otros rehenes que

*mes je veise. Quant le bon chevalier messire Gaultier mon compaignon vit ce feu, il s'ecrie et nous dist: Seigneurs, nous sommes perduz à jamais sans nul remede: car s'ils bruslent nos chaz chateils, nous sommes ars et brulez; et si nous laissons nos gardes, nous sommes ahontez. Pourquoi je conclu, que nul n'est, qui de ce peril nous peust defendre, ci ce n'est Dieu nostre benoist createur. Je vous conseille à tous, que toutes le quantes fois qu'ils nous getteront le feu gregois, que chascun de nous se gette sur les coudes et à genoulz, et crions mercy à nostre Seigneur en qui est toute puissance... La maniere du feu gregois estoit telle, qu'il venoit bien devant aussi gros que un tonneau, et de longueur la queüe en duroit bien comme d'une demye canne de quatre pans. Il faisoit tel bruit à venir, qu'il sembloit que ce fust foudre qui cheust du ciel, et me sembloit d'un grant dragon volant par l'air; et gettoit si gran clarté, qu'il faisoit aussi clar dedans nostre ost comme le jour, tant y avoit grant flamme de feu. Y en otro lugar: Toust les fois que nostre saint roy ooit que il nous gettoit le feu gregois, il se vestoit en son lit, et tendoit ses mains vers nostre Seigneur, et disoient en pleurant:—Bian sire Diex, gardez mois ma gent. JOINVILLE.*

al rey mismo. No quisieron consentir en ello los barones, aunque su resolucion hubiera de costarles la vida, y se decidió emprender la retirada. Aun cuando Luis estaba sumamente debil, no quiso abandonar el ejército, y marchó con la retaguardia; pero los sarracenos les derrotaron, saquearon sus bagajes, incendiaron su escuadra, y esterminaron á cuantos cayeron en su poder. El mismo Luis quedó prisionero. Condújosele á Masura, no teniendo más que su breviario, y lo recitaba con resignacion y sosiego como si hubiera estado en su capilla. Debilitado hasta el extremo de no poderse tener en pié, careciendo hasta de las cosas más necesarias, reducido á cubrirse con una miserable ropilla que un pobre árabe le habia cedido, con un solo criado para servirle, no manifestó la más leve señal de impaciencia.

En breve llegó la triste noticia á Damietta, donde Margarita estaba próxima á un parto. Tanto era su susto, que quiso que durmiera un hombre en su aposento, y para este fin se escogió á un octogenario que le cogia la mano durante el sueño, y podia asegurarle cuando abria los ojos, que su habitacion no estaba llena de sarracenos: Una noche la vió arrojar á sus plantas diciéndole: *Señor caballero juradme que me hareis la gracia que os pidiere; y añadió luego que se hubo comprometido á ello: Por la fe que me habeis jurado, si los sarracenos se apoderasen de esta ciudad, os mando que me corteis la cabeza antes de que sea cogida. Así lo haré*, respondió el anciano, *ya habia pensado en ello para el caso de que tal aconteciese*.

Poco después dió á luz un hijo, á quien hicieron dar el nombre de Juan Tristan aquellas dolorosas circunstancias. Aquel mismo día llegaron á anunciarle que se disponian á partir, en union de otras gentes de mar, los genoveses y los pisanos: entonces hizo que llegaran al rededor de su lecho, y les dijo: «Por el amor de Dios, señores, no abandoneis la ciudad; porque su pérdida traeria en pos la del rey y la de todo el ejército. Compadeceos de mis lágrimas y de este pobre niño.» Pero se dirigia á hombres de negocio; y les hubieran conmovido poco sus ruegos, si no hubiera mandado comprar cuantos víveres habia en la ciudad y no se los diera, segun habian pedido.

Es un magnífico espectáculo el diferente valor de los dos esposos coronados, en tan gran desastre: la mujer con las debilidades y las virtudes de su sexo, sostenida por el amor que profesa á su esposo y á su hijo: el rey, más afligido de la desgracia de los demás que de la suya propia, resignado, intrépido, hasta el punto de escitar la admiracion de sus enemigos: el soldan le envió cincuenta costosos trajes para él y para los señores que le acompañaban; pero él los rehusó diciendo: que soberano de un reino más grande que Egipto, no se vestiria jamás la librea (3) de un príncipe extranjero.

(3) Librea viene de livrée y se llamaban así los ves-

Igualmente rehusó un banquete, no queriendo presentarse en espectáculo á todo el ejército. Se le indicó el rescate de su libertad con tal de que cediera á Damietta y cuanto poseian los francos en Palestina, y rechazó esta proposicion. Entonces el soldan le amenazó con enviarle al califa de Bagdad ó arrastrarle en triunfo detrás de su caballo por todo el Levante, y condenarle al más atroz suplicio. Pero él respondia: «Soy prisionero del soldan, puede hacer de mí lo que mejor le plazca,» y recitaba el oficio del día.

Más de diez mil cruzados habian caido prisioneros, y cotidianamente sacaban doscientos ó trescientos del encierro para persuadirles que renegaran de Cristo; los que se negaban á ello eran asesinados, y puestos en libertad los que pensaban de distinto modo. Cansados de sangre los verdugos, los arrastraron hácia el Cairo en la mayor miseria: muchos de ellos perecieron de hambre; otros fueron dispersados como esclavos sin esperanzas de volver á ver nunca su patria: ni amenazas ni suplicios lograron que titubearan en su fe los barones franceses, siempre dóciles á la menor señal de su rey infortunado, mucho más que lo habian sido en los tiempos de su grandeza. Al fin Malek-el-Moadham rebajó bastante de sus pretensiones: solicitó la restitucion de Damietta y un millon de besantes de oro (35 millones). Sabiendo Luis que la plaza no podia sostenerse largo tiempo, contestó á esta insinuacion: «Un rey de Francia no se rescata nunca á costa de dinero; por mi libertad entregaré Damietta, y por mi ejército el millon de besantes de oro.» Lo cual hizo que el soldan dijera: «Por mi fe que el francés es rey liberal y franco, pues sin pararse en rebajar el ajuste, ofrece lo que se le ha pedido. Pues bien, yo le rebajo doscientos mil besantes.»

Vetase saludado por todo el islamismo el joven soldan como un vencedor glorioso, y sin embargo, se hallaba al borde de un abismo. Habia descontentado á muchos ministros de su padre, y principalmente á los mamelucos, ó esclavos comprados, de quienes se componia la guardia del soldan desde el tiempo de Saladino, y la cual disfrutaba de grandes privilegios. Quejábanse de que habia celebrado la paz sin oír el consejo de los que sostenian la guerra; y el rumor divulgado por ellos de que el soldan meditaba el proyecto de dar muerte á los principales emires, hizo estallar el fuego de la rebeldia. Moandham fué degollado tres dias antes de aquel en que los cristianos debian ver quebrantadas sus cadenas, y con él acabó la dinastia de los Ayubitas (1250). Una turba de esclavos se apoderó del gobierno, y su despotismo pesó sobre la tierra de los Faraones hasta el momento en que otro ejército francés determinó en

tidos que como hemos dicho antes, eran dados (livré) por el rey en las solemnidades.

nuestros días una nueva revolución que esterminó á los mamelucos (4).

Muy poco faltó para que los rebeldes asesinaran á los príncipes franceses. Pero luego que se calmó su primera furia, experimentaron en presencia de san Luis un sentimiento de respeto y la necesidad de justificar el asesinato que acababan de cometer: hasta le propusieron hacerle rey de Egipto. Al oír su negativa confiaron el poder á la sultana Chager-Eddur, que ya lo había ejercido, y que habiendo sido escluida por su hijo, fué la principal instigadora de su ruina: el turcomano Ezzeddin Aybek, que había ido á Egipto en calidad de esclavo, le fué dado por atabek. Entonces las monedas llevaron por sello el nombre de una mujer, y hasta de una esclava: novedad que desagradó al califa de Bagdad y de la cual nacieron disturbios, y mientras duraron permaneció la suerte de los cristianos en una terrible incertidumbre. Por último, fué ratificado el convenio: los emires debían jurar observarle, bajo pena de ser declarados infames como el que hace el viaje á la Meca con la cabeza descubierta, ó vuelve á admitir á su mujer después de haberla repudiado; y Luis, á semejanza del que reniega de Dios, debía escupir á la cruz y hollarla con su planta. Pero él rechazó semejante fórmula como blasfematoria é indigna de un rey, y estuvo en muy poco que produjera la pérdida de su ejército la negativa. Sin embargo, los emires acabaron por contentarse con su palabra, diciendo: *Es el cristiano más soberbio que se ha visto nunca en Levante.*

Después de la rendición de Damietta, contraviendo los musulmanes á lo que se había estipulado, dieron muerte á los enfermos que se habían quedado en la plaza. Proponíanse esterminar también á los prisioneros, y asegurar de este modo el país contra nuevos ataques; pero la codicia apaciguó la sed de sangre, y les ocurrió que *los muertos no pagan rescate.* El islamismo celebró mucho esta victoria, y la siguiente canción árabe era repetida en todo el Oriente:

»Cuando vieres al rey francés, dile estas palabras de amigo sincero:

»Viniste á Egipto, ambicionaste riquezas, quisiste desvanecer sus fuerzas como el humo.

»Mira ahora tu ejército, y contempla como tu lijereza te ha precipitado en el sepulcro.

»De cincuenta mil combatientes no hay uno que no haya sido muerto, ó prisionero, ó cubierto de heridas.

»Si le ocurriere vengar su derrota, si un motivo cualquiera le trajere de nuevo á estas playas,

(4) *Hist. de los sultanes mamelucos de Egipto, escrita en árabe por TAKIN-EDDIN-AHMED-MAKRIZI, traducida al francés y acompañada de notas filológicas, históricas, geográficas, por MR. QUATREMERE. París, 1841, tomo I.* En el *Boletín del Instituto Egipcio* del año 1886 está inserta una Memoria de Mohamed Reshad Effendi sobre la prision de Luis IX en Mansura.

«Dile que la casa del hijo de Lokman está ya preparada para que le sirva de sepultura, y que hallará también allí sus cadenas con el eunuco Sabyh, quien hará las veces de los ángeles Muir y Nakir, que preguntan á los muertos: *¿Cuál es tu Señor? ¿Quién es tu profeta?*

Así era tan grande el terror en Occidente como el júbilo de los infieles. Francia lloraba: el papa escribía cartas de pésame á Luis y á Blanca: todos los reyes protestaban de su voluntad de cruzarse: Federico II echaba la culpa de todo el mal acontecido al papa y equipaba bajeles en Sicilia. Sólo algunos piratas italianos se aprovecharon de este descalabro para despojar á los cruzados que volvían á sus hogares, y Florencia se regocijó de ello por la enemistad que tenía á los franceses. Algunos comenzaron á decir que Cristo estaba irritado contra los señores, y que no admitía sus obras, sino las del pueblo. Un húngaro, llamado Jacobo, de cabellos blancos, de descarnado cuerpo, andaba predicando la libertad de Jerusalem y del rey, llevándose detrás á los pastores y labradores y enarbolando una bandera en que había puesto el cordero de Dios. Le llamaban *el maestro de Hungría*: decía que la Santísima Virgen le había entregado una carta para los pastores de Tierra Santa, y por eso llevaba siempre cerrado el puño, y se contaba que sus sectarios, llamados pastorcillos, sostenidos como estaban por la caridad, multiplicaban los panes. Habíanse reunido en Flandes y en Picardía: después se dirigieron á Amiens y enseguida á Paris, reclutándose entre el más vil populacho, y entregándose á escesos que nadie se atrevía á reprimir, atendida la intención que les animaba. Exaltólos la impunidad, y comenzaron á declamar contra el clero, después contra el papa, se erigieron en sacerdotes, en predicadores, y lanzaron entre la muchedumbre aquellas palabras que mejor suenan al oído de la multitud. Saliendo de Paris en número de más de diez mil, y repitiendo en altas voces que partían con dirección á Levante, lo devastaban todo á su paso; pero exasperado el pueblo de Bourges, los acometió, los puso en derrota, y se cebó en ellos enfurecido; otros fueron destrozados en Burdeos y en Inglaterra.

Entretanto los mamelucos de Egipto, reconciliados con el soldan de Damasco, volvían á empezar la guerra: las enfermedades mermaban las filas de los cristianos, y los cadáveres yacían insepultos. Por último, cargándolos san Luis en sus brazos, empezó á enterrarlos, y estimuló á los demás su ejemplo. Habiendo pagado el piadoso rey la mitad de su rescate, y dejado á mayor abundamiento doce mil prisioneros en rehenes, arribó á San Juan de Acre. Desde allí envió el resto de la suma prometida, pero sólo llegaron á incorporarse cuatrocientos cautivos; algunos habían sido muertos, otros habían renegado de su fe ó se les había retenido. Francisco I, después de haber obtenido á gran precio su libertad del inexorable Carlos Quinto, apenas llega á la frontera francesa, y sin

permitirse ni aun tiempo para abrazar á sus hijos que van en rehenes por él, exclama: «Héme aquí rey de nuevo.» Puesto Luis en libertad, se detiene cuatro años en Palestina para consolidar la obra de los primeros cruzados, y reedificar los destruidos muros de la ciudad y concluir de rescatar los prisioneros y curar á los enfermos. Pero las necesidades de la Francia le reclamaban, y teniendo noticia de la muerte de Blanca se dió á la vela (1252), después de fortificadas las ciudades de la costa, negándose, como le ofrecía el sultan de Damasco, á visitar el Santo Sepulcro, porque no quería ir como peregrino á donde en breve pensaba volver triunfante.

La hostia sagrada había sido trasladada á los bajeles, donde los altares, los sacerdotes, los oficios divinos, los consuelos del Viático, daban testimonio de que llevaban á bordo los restos de un ejército cristiano. Luis bendecía al Señor por haberle sacado de los peligros de la tierra y de una terrible borrasca que le asaltó á su retorno. «Después de habernos escapado de estos dos peligros, dice Joinville, el rey se sentó en la borda de la nave, hizo que me sentara á sus piés, y me habló de esta manera: *Senescal, bien nos ha demostrado Dios su poder inmenso, cuando con uno solo de los cuatro vientos del mar, el rey de Francia, su esposa, y sus hijos y toda su compañía, han estado á punto de quedar ahogados: de consiguiente, debemos darle gracias por habernos librado de tamaño peligro.* El buen santo rey no podía cansarse de hablar del peligro pasado, y de como Dios nos había mostrado su gran poderio, y me decía: *Senescal, cuando acontecen á las gentes tales tribulaciones ó grandes enfermedades ó otras persecuciones, dicen los santos que son amenazas de Dios Señor Nuestro. Y por esto yo digo que los peligros que hemos pasado son amenazas del Señor que puede decir:—Ved como podía dejaros perecer si quisiera. Por tanto, añadió el buen rey, debemos mirar si hay en nosotros algo que pueda desagradar á Dios nuestro Criador; y tan pronto como encontremos alguna cosa de su desagrado, debemos quitarla y arrojarla de nosotros; si así lo hacemos nos amará mucho y nos guardará de otros peligros. Pero si obramos al contrario, después que nos haya amenazado, nos enviará alguna gran desgracia, ó de muerte ó de daño del cuerpo, ó nos dejará bajar al infierno para siempre.»*

Este rey que desde la cubierta de su nave predicaba á los escasos restos de su expedición desventurada, nos ofrece el verdadero tipo de un caballero y de un cruzado de aquel tiempo; tipo admirable con doble motivo á los ojos del que, bajo aquel traje de peregrino y este lenguaje de monje, reconoce á uno de los más insignes reyes que se han ceñido en Europa la corona.

Tan inútiles habían sido las empresas acometidas en el fuego del entusiasmo, como ésta en que se había hecho todo con la mayor prevision: los señores iban por obedecer á su jefe, no por volun-

tad propia; un gran rey mantenía la disciplina y edificaba con su ejemplo, y sin embargo no se obtuvo más gloria que la de haber sufrido dignamente la desgracia. Pero si los siglos siguientes conocieron constantemente cuán importante era para la Francia tener una colonia en Africa, no se negará á san Luis el loor que merece por haberlo juzgado así desde entonces, por más que no saliese airoso en su empresa. Poseídos de miedo, los egipcios derrocaron á Damietta y llenaron de escombros la embocadura del Nilo.

En Palestina volvieron á estallar las discordias que había amortiguado el peligro, entre los templarios y los hospitalarios, entre los genoveses y los venecianos, y llegaron á veces hasta la efusión de sangre. En Egipto, el poder fundado por la usurpacion era presa de nuevas usurpaciones, y todas paraban en el despotismo militar en último resultado. Cuando cayeron sobre el país los mongoles, tenían los mamelucos á su cabeza á Kutuz, el más valeroso de los emires, y derrotaron á aquellos formidables enemigos. Quisieron entonces llevar la guerra á los cristianos que se habían mostrado propicios á los tártaros, y como Kutuz se oponía á su deseo, le asesinaron y le sustituyeron con Bibars, su asesino (1259). Este nuevo soldan, *columna del islamismo y padre de las victorias*, empezó inmediatamente las hostilidades, apoderándose de muchas ciudades y destruyéndolas (1260). Se enseñoreó fácilmente de Antioquia, y la entregó á una devastación horrible: taló la Armenia y amenazó á Tolemaida; se llevó prisioneros á todos los que se habían escapado de la cimitarra y rehusaban renegar de su fe: así «no hubo esclavo de esclavo que no tuviera un esclavo.» Si algun príncipe le enviaba un mensajero para ablandarle, le respondía: *Voy inmediatamente á talar vuestras tierras, y asediaré vuestra capital muy en breve.* A sus ojos era un mérito la matanza, y describía en estos términos al conde de Trípoli la toma de Antioquia: «Caia la muerte sobre los sitiados por todas partes y de todas maneras. Esterminamos á todos los que estaban destinados á custodiar la ciudad y á defender sus baluartes. Si hubieras visto á tus ginetes hollados por los piés de los caballos, á tus provincias entregadas al saqueo, tus riquezas pesadas en la balanza, las mujeres de tus súbditos vendidas en pública subasta; si hubieras visto las cruces y los pulpitos por tierra, las hojas del Evangelio dispersadas al viento, violados los sepulcros de los patriarcas; si hubieras visto á los musulmanes, tus enemigos, andar sobre el tabernáculo, inmolar en el santuario al monge, al diácono, al sacerdote; si hubieras visto presa de las llamas tus palacios, los muertos devorados por el fuego de este mundo, las iglesias de San Pablo y de San Pedro, derrocadas hasta su último cimiento, hubieras exclamado de seguro: *¡Plegue á Dios que sea yo también reducido á polvo!*»

Estas terribles noticias llegaron á Europa al mismo tiempo que los últimos suspiros del imperio